

Juan Eslava Galán  
Antonio Piñero

# VIAJE A TIERRA SANTA



**Juan Eslava Galán**  
**Antonio Piñero**  
Viaje a Tierra Santa



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Eslava Galán, 2022

© Antonio Piñero Sáenz, 2022

Autores representados por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de las ilustraciones del interior: archivo del autor, © Paloma Villarreal S. de Cepeda, © ICastro, Colección Particular, © Album, © NASA Image Collection / Alamy / ACI, © CPA Media Pte Ltd / Alamy / ACI, © Rawan Badrah / EyeEm / Getty Images, © Wirestock Creators / Shutterstock, © StockStudio Aerials / Shutterstock, © Richard T. Nowitz / Sylvester Adams / Getty Images, © Album / Sol 90, © Niday Picture Library / Alamy, © Cordon Press, © Istockphoto / Getty Images, © ECSA, © Janine Wiedel Photolibrary / Alamy / ACI, © Sergey Yatinin / Alamy / ACI, © The Israel Museum, Jerusalem, © MENAHEM KAHANA / AFP, © Album / Granger, NYC, © Jacek\_Sopotnicki / IstockPhoto / Getty Images, © Itsik Marom / Alamy / ACI, © Evgeniy Fesenko | Dreamstime.com, © Volgi archive / Alamy / ACI, © eFesenko / Alamy / ACI, © Fine Art Images / Album, © Martin van Doorn / Alamy / ACI, © Ventdusud / Shutterstock, © Jacek Pochanke / Alamy Stock Photo, © United Archives GmbH / Alamy / ACI, © Eddie Gerald / Alamy / ACI, © Bennu phoenix / Alamy / ACI, © UPI / Alamy / ACI, © Idris Ahmed / Alamy Stock Photo, © Scott Olson / Getty Images, © Album / Sol 90, © Robert Hoetink / Alamy Stock / ACI, © Jasmina | Dreamstime.com, © Cortesy Sightedmoon, © [www.BibleLandPictures.com](http://www.BibleLandPictures.com) / Alamy / ACI, © Peter Connolly / Album / akg-images, © Matteo Omied / Alamy / ACI, © Jan Fritz / Alamy / ACI, © Gibon Art / Alamy / ACI, © The Picture Art Collection / Alamy / ACI, © Prkich Treetasayuth / Alamy / ACI, © Richard Conrad Morgan | Dreamstime.com, © United Archives GmbH / Alamy / ACI, © Robertharding / Alamy / ACI, © Matteo Omied / Alamy / ACI, © sombra12 / 123rf.com

© de los mapas, los planos y las ilustraciones: © Salomart

Iconografía: Grupo Planeta

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Bridgeman Images / ACI

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2022

Déposito legal: B. 6.470-2022

ISBN: 978-84-08-25750-9

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

# Índice

1. VOLANDO VOY	13
2. TREPIDANTE AVENTURA EN EL CAIRO	19
3. DIOS EN LA ZARZA ARDIENTE	28
4. EL ASCENSO A LA MONTAÑA DE YAHVÉ	36
5. EL MONASTERIO DEL SINAÍ	47
6. DE CARDENALES DE ROMA Y HEMATOMAS DE ISRAEL	51
7. EN LA TIERRA REITERADAMENTE PROMETIDA	63
8. EL IMPERIO QUE NUNCA EXISTIÓ	67
9. JERUSALÉN ADORADA	80
10. LAMENTACIONES EN EL MURO	97
11. EN EL QUE SE HABLA DEL MESÍAS Y DE LOS SEFARDITAS	115
12. TRAS LOS PASOS DE JESÚS EN COCHE ALQUILADO	124
13. DE FEMINISMOS Y SOCIALISMOS EN LA TIERRA DE JESÚS	129
14. DONDE EL ÁNGEL SE ANUNCIÓ A MARÍA	136
15. SOBRE BELLEZAS TERRENALES QUE PERPETUAMENTE TESTIMONIAN LA PIEDAD Y LA OMNIPOTENCIA DIVINA	148
16. EL PRODIGIO DIVINO DE LA VIRGEN PREÑADA	155
17. SIGUIENDO LOS PASOS DE JESÚS CUANDO HIZO LAS MALETAS	161
18. DEL FIN DEL MUNDO, ÁNGELES E INFIERNOS	168
19. DE CRUZADAS, TEMPLARIOS Y EL MALVADO CHÂTILLON	174
20. EL LAGO DE LOS MILAGROS	184

21. NAVEGANDO EN LA «FE»	189
22. LA SINAGOGA DONDE PREDICABA JESÚS	195
23. BAUTISMO EN EL JORDÁN	202
24. JUAN EL BAUTISTA REVELADO	208
25. LA CÁBALA	218
26. EL JARDÍN DE LAS DELICIAS	230
27. SUBIDA AL MONTE CARMELO	244
28. POR LA LLANURA DE SHARON	248
29. JESÚS EN LA ENCRUCIJADA	258
30. MEMORIAS Y SOBRESALTOS	265
31. NOVELANDO LA PASIÓN	271
32. JERUSALÉN DE NUEVO	277
33. VÍA DOLOROSA	281
34. EL SANTO Y DISPUTADO SEPULCRO	287
35. CERA, ACEITE, LÁGRIMAS Y <i>BAJSISH</i>	296
36. EUTARQUIO ANGARILLA, DOCTOR FORENSE	303
37. ¿RESUCITÓ EL DIFUNTO?	312
38. EL RESUCITADO SE APARECE A MANSALVA ANTES DE UNIRSE AL PADRE	322
39. VIAJE A BELÉN	331
40. TRES IGUAL A UNO: EL ENIGMA MATEMÁTICO DE LA TRINIDAD	341
41. EL CARAJAL DEL PALEOCRISTIANISMO	347
42. CRISTIANOS A LA GRESCA	354
43. EL MITO DE CONSTANTINO	373
44. PABLO EN ATENAS	376
45. LOS MISTERIOS DE ELEUSIS	378
46. CORINTO, LA PECADORA	389
47. <i>RAKI</i> EN ÉFESO	396
48. LOS ACUERDOS DE NICEA	409
49. LOS VISIGODOS ESPAÑOLES QUE SIGUIERON A ARRIO	419
50. DONDE SE INTENTA EXPLICAR QUÉ SIGNIFICA EL ESPÍRITU SANTO	422
51. EL PECADO ORIGINAL	424

52. COMERSE A DIOS Y BEBERSE SU SANGRE NO ES METÁFORA	428
53. SOBREVOLANDO LA CATÓLICA ESPAÑA	439
<i>Bibliografía</i>	445
<i>Índice onomástico</i>	449

## Volando voy

El vuelo IB3350 de Madrid a El Cairo sobrevuela un Mediterráneo luminoso y tranquilo. Falta un cuarto para las cinco horas de vuelo, pero con viento de cola el Airbus A-340 se adelanta casi veinte minutos.

A Bonoso Cotrufes García, pasajero del asiento B de la fila 16, le parece un buen augurio de que el asunto que lo lleva a tierra de infieles va a salir bien.

¿Qué negocio lo lleva por esos lares? La elucidación del origen del cristianismo. Nada menos.

Bonoso no es creyente, sino agnóstico militante, pero como damnificado del nacionalcatolicismo y profesor de Historia, ha decidido interesarse por el tema, ahora que está jubilado y dispone de más tiempo.

—Bonoso, ¿para qué vas a meterte en indagaciones si tú nunca has tenido preocupaciones religiosas? —objetó su mujer, Isabel, una mártir, cuando supo lo que planeaba.

—No me gusta el fútbol, no tengo WhatsApp, no veo la tele, ¿en qué quieres que me entretenga? Pues en Dios —razonó él.

Ella no terminaba de verlo claro. Lo tentó con las ocupaciones placenteras que corresponden a un septuagenario.

—Pues reúnete con los amigos a jugar al dominó, vuelve a coleccionar sellos o vete a mirar obras municipales o a echarles miguitas a las palomas del Retiro.

—No me basta, Isabel —insistió pertinaz—. Soy un *Homo religiosus*, busco el conocimiento, la trascendencia y la inmanencia.

—Y la impertinencia, me temo —añadió Isabel, resignada.

—*Como busca el ciervo corrientes de agua, así, Dios mío, te busca todo mi ser* —recitó Bonoso de memoria—. *Tengo sed de Dios, del Dios vivo*, como dice el salmo 41, si no ando muy errado.

—Además —insistió ella—, con la que tienen liada los palestinos, aquello es peligroso.

—Donde está el cuerpo está el peligro —filosofó Bonoso—. Como dice el libro santo: «No se mueve una hoja de un árbol sin la voluntad del Altísimo».

—¿Eso dice la Biblia?

—No, lo dice el *Quijote*. El libro más santo de todos los santos.

Insistía Isabel: que ya no tienes edad, que qué se te ha perdido allí, que olvidarás tomarte las pastillas, que quién te va a decir qué camisa ponerte...

Bonoso recurrió de nuevo a la autoridad de la Biblia:

—*La mujer aprenda en silencio y sometimiento completo; no enseñe al hombre ni ejerza autoridad sobre él, sino manténgase callada* (1 Tim. 2, 11).

—Eso suena un poquito machista —advirtió Isabel.

—*Que la mujer aprenda sin protestar y con gran respeto*, dice san Pablo o, como dicen los modernos, un discípulo suyo. *No se consienta que enseñe ni domine al marido, sino que sea discreta* (1 Tim. 2, 11-15).

—¿Sabes que me estás tocando las narices? —se encaró la parienta.

—*No te enojés, porque el enojo anida en el seno de los necios*, dice el Eclesiastés (7, 9).

Al final, Bonoso se salió con la suya.

—Voy a seguir las huellas de Moisés, de Cristo, de san Pablo, de quien haga falta. Quiero indagar sobre el origen de nuestras creencias. ¡A pie de obra! ¡Voy en busca de la verdad!

—¿Y si al final descubres que Dios existe? —inquirió, con algo de sorna, la santa.

—Le pediré que me aclare algunas dudas. Por ejemplo, ¿por qué ha nombrado su vicario en la Tierra a un peronista demagogo?



Durante el vuelo, a la altura de la isla de Lampedusa, el mar que cruzan las lanchas neumáticas llenas de suprasaharianos y subsaharianos camino a Europa con el regalo de su presencia multicultural y plurirreligiosa, Bonoso hojea la revista de a bordo.

Entre los anuncios de relojes S. T. Dupont («*Be exceptional*»), de perfumes de Louis Vuitton, de Kolumbus *premium cigars*, de succionadores de clítoris Satisfyer Luxury Prêt-à-porter y otros símbolos de estatus reservados a los que buscan el paraíso en este mundo y se despreocupan de la vida ultraterrena, nuestro hombre encuentra una entrevista a un famoso paleoantropólogo de los que excavan en el yacimiento de Atapuerca.

«¿Cuándo nacen las ideas religiosas?», le preguntan.

«Los datos apuntan a que ya existían hace unos 200.000 años.»

«¿Cómo lo sabemos?»

«Los enterramientos rituales sugieren la creencia en entes superiores y en otra vida después del valle de lágrimas.»

«Así nace la religión —reflexiona Bonoso apartando la mirada de la revista para posarla en las nubes algodonosas que aparecen por la ventanilla—. El hombre es el único animal consciente de su propia muerte, una consecuencia negativa del desarrollo de la inteligencia. Por eso se inventó una vida ultraterrena.»

El hombre primitivo se angustiaba. No se resignaba a morir sin más, a ser tan frágil, tan finito.

Eso fue antes de la Revelación, amigo lector.

Para la humanidad hay un antes y un después de la Revelación.

¿En qué consistió la Revelación? La propia palabra lo dice: algo que estaba oculto se reveló; el hombre, que andaba caviloso y preocupado por esas dudas metafísicas acerca del sentido de su existencia, obtuvo de pronto las respuestas y pudo respirar tranquilo.

Sobre este asunto de la Revelación hay dos teorías: la de los ateos, agnósticos y demás ralea, y la de los creyentes (o crédulos).

¿Qué sostienen los agnósticos y los ateos? «La Revelación es una estafa, es el invento del sacerdote, del brujo, del chamán, del como queramos llamarlo...; un vivales que llevaba tiempo cavilando la ma-

nera de no dar golpe y vivir a costa del trabajo de los demás, sus prójimos.»

El futuro sacerdote, todavía simple seminarista desde nuestra óptica cristiana, se dirigió al hombre angustiado y le dijo:

—No temas a la muerte, hijo mío. Existe otra vida mejor que esta... Uno no muere, solamente se transforma en otra cosa. Parece que muere, pero en realidad va a otro mundo, a otra dimensión.

—¿Ah, sí? —replicó el hombre.

—Sí, créeme —respondió el sacerdote—. Ahora bien: si quieres merecer esa otra vida, procura que a mí no me falte de nada y que viva con desahogo y comodidad. De este modo podré dedicarme a intermediar entre Dios y tú.

—¿Ah, sí? —repitió el hombre.

—Sí, hijo mío: yo soy el que administra el tránsito hacia el Más Allá..., y el que te ilumina sobre su contenido.

—¿Cómo es eso? —vuelve a preguntarse Bonoso como atribulado mortal.

—Es porque en el Más Allá existe un Dios, una criatura superior, que ha creado el mundo y todo lo que ves.

—Ya, ya... ¿Así que ese Dios, que vive en el cielo, te ha confiado la administración de sus propiedades en la Tierra?

—Así es. Tú no te preocupes por nada. Entrégame parte de tus bienes, para que yo viva sin dar un palo al agua y mantenido con la dignidad que como vicario de Dios merezco, que yo rezaré y velaré para que tu alma, la mismidad tuya misma, pueda gozar de toda clase de comodidades en el Más Allá.

En ese instante Bonoso detiene su diálogo interior y vuelve a mirar por la ventanilla. Nubes y más nubes. El avión flotando en una nada aparente. Las pasajeras de los asientos de atrás, dos señoras de mediana edad, hablan tan alto que puede seguir su conversación sin aguzar el oído:

—Yo, si volviera a nacer, sería puta de soldados antes que volverme a casar —dice una.

La otra es de diferente opinión:

—Yo no quiero que se muera, entiéndeme, pero a un par de años o tres de viuda tampoco le haría ascos.

Bonoso vuelve su atención a la revista y a las respuestas del paleontólogo.

Así nacieron las religiones... hace quizá unos 70.000 años —existen muchísimas teorías, sobre las que no es momento de detenerse—, y así nacieron los sacerdotes que las administran.

Los sacerdotes. Los elementos más listos del rebaño o de la horda original. Ellos ideaban una explicación sobrenatural para todo lo que sus feligreses no entendían.

Al principio casi todo entraba en el lote: el día y la noche, la Luna y el Sol, las estrellas que lucen en el firmamento, los planetas, la influencia de las fases lunares (en las mareas, en la floración, en el ciclo menstrual de las mujeres), el grano que se pudre y la espiga que germina, la sucesión de las estaciones, ahora calor, ahora frío, ahora viento y lluvia...

Todo en la naturaleza era un puro misterio, por eso las primeras religiones fueron astronómicas y agrícolas.

Mira Bonoso a su alrededor. Casi todos los pasajeros dormitan, aparentemente felices, ajenos a los pensamientos que ahora le acosan. La azafata rubia lleva tiempo sin aparecer por la cabina. La imagina en su reservado, sentadita, tan feliz, pensando quizá en una cita galante en El Cairo con un arqueólogo rubio y pavonado del sol, recién regresado de las pirámides.

«El mundo sigue su rutina. ¿Quién se preocupa por la otra vida, si la hubiera? La gente va a lo suyo. Bueno, a mí sí me interesa saber por qué alguna gente cree en cosas increíbles debido al miedo o a la esperanza en otra vida.»

Reanuda Bonoso la lectura:

«Luego, en la medida en que la humanidad ha ido evolucionando y ha encontrado una explicación lógica para todos esos fenómenos naturales, la religión ha ido cediendo terreno hasta quedar prácticamente reducida a las primeras y esenciales preguntas: ¿De dónde vengo, cuánto tiempo me queda, que será de mí cuando muera...?».

Sobre todo eso, la duda metafísica: ¿existe vida después de la muerte?

La ciencia no responde a estas cuestiones, ni creo que pueda hacerlo nunca. Por consiguiente, necesitamos de la religión. Queda religión para rato. ¡Que no sufran los intermediarios, el clero, los astrólogos, los echadores de cartas, los magos, los adivinos, los charlatanes y, en general, los que viven del cuento! Su negocio no peligra, su subsistencia está asegurada. Vendemos humo, como reconoció ante sus cardenales cierto papa.

Las primitivas religiones se basaban en los ciclos de la naturaleza y en los acontecimientos astronómicos relacionados con ellas (los solsticios de primavera y de invierno).<sup>1</sup>

Bonosos levanta la mirada de la lectura y recuerda a Yahvé, dios especializado en los fenómenos atmosféricos. La cosa encaja.

Deja de leer y medita de nuevo. ¡El tinglado de las creencias! Lo que ha originado las miles de religiones que existen en el mundo, aunque más de media humanidad profesa tres, judaísmo, cristianismo e islamismo, que se basan en un mismo libro, la Biblia. Y es claro que esta se fundamenta a su vez en las presuntas revelaciones que un dios llamado Yahvé le hizo a un pastor llamado Moisés en una montaña del desierto del Sinaí.

Y allí es donde Bonoso se dirige con el ansia de inmanencia o trascendencia que supone poner los pies en el mismito escenario donde ocurrió el prodigio.

A husmear en busca de la verdad, como el jabalí, ese cochino que busca su trufa en el bosque removiendo la tierra con el hocico.

1. El animismo consiste en la creencia religiosa que atribuye a todos los seres, objetos y fenómenos de la naturaleza un alma o principio vital. Siendo así también el ser humano, tiene alma. Afirma además que existen almas superiores, las de los dioses, que controlan aquello que el ser humano no puede dominar, por ejemplo, las tormentas, rayos, seísmos y otros desastres naturales. Todo consiste en negociar con esos dioses: les das lo que quieren —sacrificios u ofrendas— y ellos te protegen de los desastres. *Do ut des* («te doy para que me des»), como dicen los que saben del tema.